

Ortega y Gasset en su exilio argentino: continuidades y rupturas

Ortega y Gasset, his exile in Argentina: Continuities and Ruptures

MARTA CAMPOMAR*

Resumen: El exilio argentino de Ortega y Gasset (1939-1942) responde a una realidad distinta a lo ocurrido en 1939 en México, ya que desde 1912 existía un intercambio científico-cultural entre la Junta para Ampliación de Estudios y la Institución Cultural Española. Por su cátedra en la Universidad de Buenos Aires pasarían muchos profesionales que luego se exiliaron o pasaron por Argentina buscando otros destinos. Ortega fue un protagonista importante en este intercambio en sus diálogos con discípulos, oyentes y lectores de la sociedad porteña a quienes estimuló a buscar las raíces de su identidad continental desde sus orígenes inmigratorios e hispano-coloniales.

Palabras clave: Exilio argentino, Institución Cultural Española, Autenticidad, Raíces de la argentinidad, Filosofía antropológica y sociológica, Discípulos y seguidores de Ortega

Abstract: The period of exile (1939-1942) of Ortega y Gasset in Argentina responds to a different context in relation to events in Mexico in 1939. In Argentina, since 1912, the Institución Cultural Española established a cultural and scientific exchange with the Junta para Ampliación de Estudios, through which many prominent professionals became familiar with the cultural environment of Argentina. Between two World Wars and the Spanish Civil War, Ortega became an important protagonist in contact with Argentine intellectuals readers and disciples. Through his dissertations he influenced a society seeking its own identity and its insertion within a continental Hispanic colonial heritage.

Keywords: Argentine exile, Institución Cultural Española, Authenticity, Roots of "argentinidad", Anthropological and sociological philosophy, Disciples and followers of Ortega

En nuestras incursiones por el exilio argentino de Ortega (1939-1940), fenómeno social e histórico que poco tiene que ver con la experiencia mexicana, nos hemos cruzado con el destino y testimonios de muchas vidas españolas, deambulando por Europa desde el inicio de la Guerra Civil en 1936. En su mayoría, subsistían a la espera de que Franco restableciera la "normalidad", para volver a ocupar cátedras, recuperar editoriales, trabajar en laboratorios;

Recibido: 31/05/2019. Aceptado: 12/07/2019.

* Vicepresidente de la Fundación Ortega y Gasset Argentina. Investiga sobre los vínculos de Ortega con la intelectualidad argentina. Su último libro es: *Ortega y Gasset. Luces y sombras del exilio argentino* y, anteriormente, publicó *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española* y *Ortega y Gasset en La Nación*. Actualmente trabaja para la edición del epistolario Ortega y Gasset con Victoria Ocampo. Contacto: martacampomar@hotmail.com

en palabras del científico español Julio Palacios, ansiosos de retornar a sus labores intelectuales “con toda calma y sosiego”.¹ La primera dispersión de profesionales, muchos de ellos vinculados a cátedras universitarias, tuvo que abandonar España por los excesos, despojos y amenazas de ambos bandos de la contienda. El impacto fue muy notorio y significativo en instituciones científicas y de alta cultura como la Junta para Ampliación de Estudios, dirigida por Ramón y Cajal; la Residencia de Estudiantes, y la Residencia de Señoritas dirigida por María de Maeztu. Estas entidades se disolvieron en 1936, dejando a la deriva a profesores y becarios que se encontraban estudiando en centros de investigación europeos. No obstante, el intercambio con la Junta de Cajal fue clave entre 1914 y 1936² en la recepción de varios españoles que se refugiaron en Argentina en los inicios de la contienda española.

La desintegración del andamiaje científico cultural de la Junta de Madrid afectó directamente a la Institución Cultural Española de Argentina. La Cultural, tanto la de Argentina (1912) como la del Uruguay (fundada en 1919), fue un exitoso proyecto iniciado y financiado por las colectividades españolas del Río de la Plata. Esta iniciativa se vio obstaculizada por la Guerra Civil Española. Al respecto, es interesante el comentario del presidente de la Cultural, Luis Méndez Calzada en su viaje por Europa, quien salió al cruce de aquellos exiliados que llegaban a París con escasos recursos. Comentó desde el diario *La Nación* de Buenos Aires del 11 de noviembre de 1936, el alcance devastador para la ciencia de España y Argentina, al colapsar el intercambio científico-cultural puesto en marcha por Avelino Gutiérrez³, Cajal y Castillejo desde 1912, con más de veinte años de exitosa duración. Es interesante el testimonio de Méndez Calzada al contemplar el escenario que presencié en París con la primera diáspora de profesionales a la deriva:

“desde un punto de vista intelectual es apenador el espectáculo de la dispersión que estos tristes acontecimientos han producido en todo ese núcleo, valor actual y futuro, de hombres que tanto enaltecen la vida científica, dispersión física de una ráfaga que arrastra y aleja: dispersión moral, porque al calor de tantos nobles entusiasmos, unidos por un ideal se estaban formando focos de trabajo que ya atraían la atención mundial. Se trata de la generación que a costa de grandes desvelos se formó desde 1906 gracias al impulso de Ramón y Cajal y la Junta de Investigaciones y Pensiones en el extranjero...La vida española habrá de rehacerla, será una tarea de inauditos afanes empezando por la humilde noción de vecindad que, aun siendo instintiva en

1 Carta de Julio Palacios del 14 de septiembre de 1936, Fondos de la Institución Cultural Española. Esta correspondencia puede ser consultada en la Fundación Ortega y Gasset de Argentina.

2 Para medir la envergadura del intercambio entre Cajal y Avelino Gutiérrez, hay que enumerar quiénes dejaron sus huellas intelectuales en la sociedad argentina de aquellos años: Menéndez Pidal, Ortega y Gasset, Julio Rey Pastor, Augusto Pi y Suñer, Blas Cabrera, Adolfo Posada, Eugenio D’Ors, Américo Castro, Amado Alonso, Manuel Gómez Moreno, Gonzalo Rodríguez Lafora, Sebastián Recasens, Luis y Felipe Jiménez de Asúa, Agustín Millares Carló, José Casares Gil; los jesuitas Eduardo Vitoria, Luis Rodes y José Laburu; Hugo Obermeier, Luis Olariaga, Manuel Montoliú, Andrés Ovejero, Pío del Río Horteiga, María de Maeztu, Lorenzo Luzuriaga, Ángel Cabrera, Gustavo Pittaluga, Pedro Ara, Esteban Terradas, Enrique Moles, Eduardo García del Real, Ots Capdequí, Claudio Sánchez Albornoz, Gregorio Marañón, y Julio Palacios.

3 Médico de origen santanderino que apostó por la ciencia española e hispanoamericana a partir del Premio Nobel de Ramón y Cajal (1905). Este científico fue el verdadero inspirador de la Institución Cultural Española en su intercambio con la Junta para Ampliación de Estudios.

toda agrupación humana, aparece muy lejana cuando todavía las armas no han cesado en su obra destructora. La primera será tolerarse, convivir, no ver eternamente un enemigo en el habitante de la acera de enfrente. La dura experiencia de la lucha, al precio de tantos sacrificios, traerá una comprensión más clara de problemas que no se plantearon allí con más o menos agudeza que en otras partes, sino porque fueron deformados por el odio.

España que conocía ya muchas veces la hora máxima de la depresión, tendrá que realizar ahora, para resurgir, el esfuerzo mayor de su historia”.

En ese mismo esfuerzo colaboró en 1937 el científico Bernardo Houssay (Premio Nobel de Ciencias, 1946) desde su Instituto de Biología, quien organizó una colecta desde Argentina para financiar a jóvenes científicos que se encontraban a la deriva en el extranjero, sin recursos o becas de estudio.⁴ El propio Houssay recordaba en el documento que acompañaba la colecta, que junto a nombres ilustres, se encontraban figuras menos conocidas quienes con gran esfuerzo habían levantado la ciencia española moderna, que peligraba en esa situación extrema. “Hoy, dice el redactor, por la terrible guerra desencadenada sobre España, la mayor parte de esos hombres, los de nombres ilustres y los modestos investigadores están desperdigados por el mundo, abandonados sus laboratorios y las bibliotecas donde tantos años han trabajado, sin recursos, sin perspectivas ni para su obra ni para su vida, amenazados de quedar irreparablemente quebrantados en su moral y en su fe en la ciencia y en los hombres. Nunca acentuaremos demasiado el gravísimo peligro que corre la ciencia española de interrumpirse y perecer repentinamente”. Y añade Houssay un dato no menor: la ayuda “es ajena en absoluto a todo bando político”.

En los festejos para las Bodas de Plata de la Cultural en noviembre de 1939, según relata Ortega en su intervención en el evento, Houssay habría rememorado “con fértil sobriedad” los méritos de esa institución. En palabras de Ortega, la Cultural resultó ser una máquina creada para destacar los logros de la producción científica, artística y literaria de España “y no puede desconocerse que su eficiencia fue fulminante”. El secreto de su rendimiento, aseguraba Ortega, es porque estaba bien hecha y la vigilancia sobre su funcionamiento se debía sobre todo “a un gran español, a la vez un gran argentino” que fue Don Avelino Gutiérrez. Pero también homenajeaba a quienes se habían agrupado en torno a él, colaboradores que siguieron su designio. No se mencionaba a la Junta en dispersión, pero sí se alentaba a la Cultural a seguir adelante bajo un nuevo formato con nuevos proyectos⁵.

Lo que no se dice es que la Institución sufrió los efectos de la gran debacle al no poder organizar sus cursos, y debió recurrir a los exiliados en el extranjero para ocupar su cátedra en la Universidad de Buenos Aires. En esta situación, en 1936, Méndez Calzada le ofreció a Américo Castro en París, dar cursos sobre la España Medieval; y a Estaban Terradas, ocupar el vacío que había dejado Julio Palacios, a quien el gobierno republicano le negó la

4 Bernardo Houssay logró crear un fondo de emergencia económica que se denominó Junta Argentina de Ayuda a los Universitarios Españoles.

5 Discurso en la Institución Cultural Española de Buenos Aires. Este discurso tuvo lugar el 11 de noviembre de 1939 en el Museo de Arte Decorativo, para las Bodas de Plata de la Cultural. Fue publicado como “Brindis en la Institución Cultural Española de Buenos Aires”, Obras Completas, Tomo V, Editorial Taurus, p. 445.

salida de España invitado por la Cultural.⁶ Todo ello pone en evidencia el efecto devastador del colapso científico transatlántico que marcó el exilio de muchos profesionales, físicos, químicos, médicos, juristas, filósofos, pedagogos, lingüistas, historiadores, gentes de actividades docentes y periodísticas que la fatalidad trágica de la guerra española, como la definía Houssay, dejó sin sustento económico. Hubo inclusive quienes recurrieron a la Cultural para sobrevivir interinamente, como fue el caso de María de Maeztu, para luego quedarse en el país el resto de su exilio.

Américo Castro, Francisco Ayala, Pío del Río Hortega, Lorenzo Luzuriaga, García Morente, Sánchez Albornoz, Jiménez de Asúa, fueron algunas de las personalidades que eligieron el exilio argentino en distintas etapas y circunstancias. Conocían su sociedad y las colectividades como también el nivel académico de sus universidades, al haber dictado en los años 20 y 30 distintos cursos en la Cultural. Este no fue el caso de Ortega y Gasset, ya que, a pesar del éxito rotundo que significó su gira en 1916 para los incipientes estudios de filosofía en el país, en sucesivos viajes prescindió de la Cultural, hasta que en 1939 fue convocado nuevamente para los festejos de sus Bodas de Plata en representación de los profesores españoles que habían ocupado su cátedra. El colapso de la Junta de Madrid fue la primera gran ruptura que dejaría pendiente la continuidad del proyecto. Tal como expresó el propio Ortega en su discurso, “saber seguir, señores es virtud pareja a saber guiar”, dando a entender que se iniciaba otra etapa en el intercambio científico.

Al respecto, es interesante el comentario del diario *El Mundo* de Buenos Aires, del 16 de noviembre de 1939. En sus columnas, se hace referencia a que se ha malogrado con el golpe de Estado el esfuerzo transatlántico establecido con Cajal. “La Junta para Ampliación ha sido borrada de la vida española y los hombres que representan la ciencia y el saber de España andan dispersos por el mundo”. Esta misma fuente periodística daba a entender que las Bodas de Plata de la Cultural se llevaban a cabo “en la amargura de ver aniquilado en estos instantes el esfuerzo creador producido en tierras de España y que determinó en la Argentina el nacimiento de la Institución”.

Cada exilio es, indudablemente, una trayectoria personal. En la vida de Ortega, su largo exilio deambulando por el mundo europeo comenzó con las amenazas de sectores extremistas del Frente Popular y de estudiantes exacerbados que, según le cuenta él mismo minuciosamente a Victoria Ocampo en una carta del 21 de septiembre de 1936, lo habrían forzado a firmar un manifiesto a favor de la República, en total desacuerdo con sus propuestas ideológicas. Los detalles de su partida a Francia son conocidos por sus biógrafos: su hermano Eduardo, militante republicano, logró sacarlo de la Residencia de Estudiantes donde se había refugiado con su familia, y lo condujo con custodia al puerto de Alicante desde donde se embarcó a Francia. En Grenoble se instaló por unos meses, hasta tomar contacto con Victoria Ocampo a quien le pidió un préstamo; y otra colecta, a ser devuelta en el futuro viaje a Argentina, a sus seguidores de Amigos del Arte. A Victoria Ocampo incluso le comentó que, si se quedaba en Madrid un día más, posiblemente hubiera corrido la suerte de otros colegas que fueron ajusticiados; ya fuese de un lado o del otro, alguien hubiese acabado con su vida.

6 Cartas de Julio Palacios a los miembros de la Cultural. Estos Archivos de la Cultural se encuentran preservados en la Fundación Ortega y Gasset de Argentina.

Cuando llegó la ayuda monetaria de Argentina, los Ortega se mudaron a París, a ese mundillo que describió Méndez Calzada. En 1937, ante la insistencia de Bebe Sansinena de que viajara a Buenos Aires a dictar cursos bien pagados en Amigos del Arte, él postergó su viaje a América y se retiró a dar conferencias en Holanda. Luego de una delicada operación en París que casi le costó la vida, en 1938 decide tomarse un descanso en Portugal. En todo su recorrido por Europa seguía vigente la invitación de Elena Sansinena de Elizalde, la que por varios motivos personales y por el ambiente desapacible que se vivía en Argentina a raíz de la Guerra Española, se postergó hasta 1939. Ortega no se alejó de Europa hasta que el destino de sus hijos se solucionó con la integración de los dos varones al frente nacionalista. Después de muchos esfuerzos diplomáticos, Soledad que no se había apartado de sus padres durante el exilio, partió para una escuela de Gales a ocupar un puesto de lectora de español. A su regreso en 1939, la familia decidió definitivamente retornar a Francia para emprender desde allí el viaje a Sudamérica.

Con el avance de Hitler sobre Europa, y sobre París, muchos exiliados se desplazaron hacia otros escenarios, lejos de la violencia y destrucción del ambiente bélico europeo. Los Ortega (Rosa, Soledad y el filósofo) desembarcaron en el puerto de Buenos Aires cuando sirenas portuarias ya anunciaban el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Hay que tener en cuenta que el desplazamiento de profesionales de diversas ideologías entre 1938 y 1940 hacia Buenos Aires no se debió únicamente a la diáspora de republicanos, una vez perdida la guerra en España. Luzuriaga, María de Maeztu, y García Morente, entre otros, se encontraban en Argentina desde 1938, intercambiando con Ortega correspondencia sobre la posibilidad de subsistir en la vida académica del país. Desde esta perspectiva, Ortega estaba sumamente interesado en la situación de las editoriales, en especial su casa de toda la vida, Espasa Calpe, radicada en Argentina. Venía al país con un proyecto de alta cultura con esa casa editorial, con la idea de publicar una colección de libros, dar cursos, y recrear un Boletín que sirviera para reorientar al lector en el caos ideológico y demagógico que se desató en ambos bandos, justificando las matanzas de la guerra civil. Para unos (el sector católico de derechas), era guerra “santa”; para sus opositores los republicanos, guerra legítima. El cronista hispanoargentino Fernando Ortiz Echagüe, corresponsal del diario *La Nación* de Buenos Aires en el extranjero, los rotula como “rebeldes” y revolucionarios a los nacionalistas, y los leales a la República como “gubernamentales”.⁷

Al margen de estas u otras interpretaciones, algunas con matices de propaganda exacerbada, la realidad es que de uno u otro lado, el profesional buscaba en el extranjero modos de solucionar sus necesidades económicas. Para los que vivían de la pluma o de la cátedra, la prioridad laboral era dificultosa ante la competencia del profesional local. En ese ambiente competitivo, Ortega entendió que el papel que debían jugar las editoriales españolas en Sudamérica era trascendental. En el triángulo Espasa Calpe-Losada-Sudamericana, que se formó dentro de los negocios relacionados con el libro español, estas empresas ejercieron un papel importante en el mantenimiento de los exiliados ya que la publicación y difusión de sus obras dependía de su funcionamiento en la sociedad argentina. En la crisis interna de su editorial, Espasa-Calpe, de la cual se hicieron eco María de Maeztu, Manuel García Morente,

7 Para mayores detalles, ver Ortiz Echagüe, F. (2018) *Crónicas de la República y la guerra civil*, recopilación de Luis Sala González, Madrid: Editorial Espuela de Plata.

Lorenzo Luzuriaga y Gregorio Marañón, el críptico comentario de Ortega a sus colegas era que los de Calpe no habrían registrado la importancia del colapso del libro español en Hispanoamérica. Ortega no solo pretendió asegurarse en su casa editorial de una fuente de ingresos estable en su estadía en Argentina, sino que también insinuó que Mariano Olarra a cargo de la dirección de Calpe necesitaba saber cómo conducirse entre porteños, difíciles de manejar, y que él estaría dispuesto a aconsejarlo si era necesario.

Ortega, quien conocía a fondo el estilo de vida de los porteños, describe a la ciudad de Buenos Aires como un gigante inmenso e impersonal, donde pulsaba violentamente una fauna atroz de factoría, ciudad consumista de audacia criolla, prisa y fuerza que empujaba su destino hacia lo alto, y movía las turbinas de la República hacia el progreso. Este impulso urbano convivía con su faz pastoril que demora y apacigua la “bronca torrencera” de sus masas. En esas inmensas aglomeraciones urbanas que experimentó él mismo caminando por la calle Corrientes, en el monstruoso tamaño de sus calles y edificios, todo grupo humano se fragmentaba. Así, daba a entender que los exiliados de uno u otro sector, con distintas fechas de arribo, o aquellos sin filiación de partido como era su caso, se encontraban agrupados en proyectos que no se cruzaban social o profesionalmente. Se asociaban unos y otros en torno a editoriales de signos políticos determinados, pero todos a la postre eran exiliados y en esa condición compartían una misma experiencia traumática sobre lo que había ocurrido en España. Ortega hace alusión a que lo “consabido” sobre la guerra española que el argentino, ni siquiera el residente español, conocía a fondo, era lo que los unía.

En *Meditación del Pueblo Joven* en la Universidad de La Plata en noviembre de 1939⁸ Ortega, quien ya venía trazando ante el público argentino desde la Cultural el perfil del “tenaz mito del extranjero”, de aquel transeúnte que viene y se va, el que roza por un momento la existencia del otro esta vez, y con cierto enfado, encara el asunto de las suposiciones criollas que creen juzgar su situación personal o pública como exiliado. Conviene tener presente sus propias palabras, al verse vapuleado por argentinos que le son hostiles, o encubiertamente critican sus silencios o su neutralidad autoimpuesta. Como europeo, Ortega plantea primero el dilema desde la crisis internacional. El desconocimiento a nivel universal era el gran problema de la humanidad. Su comentario, significativo, es el siguiente: “una nación no sabe en pureza, ni una palabra auténtica de lo que pasa en otra nación, porque una nación es, ante todo, un sistema de secretos”.⁹ Secretos impenetrables para los extraños. De la intimidad de las naciones, Ortega pasa al drama individual. Como exiliado, él experimenta la misma impenetrabilidad e incomprensión aún en las cosas más simples y acotadas de su registro personal. Y dice textualmente lo siguiente:

“Y parejamente ninguno de los argentinos tiene una idea ni remota de quién soy yo entre y para mis compatriotas: para todos ellos para los que son amigos, como para los que me son hostiles...por mucho que les hayan oído hablar de mí sobre todo a estos últimos, a los hostiles ... Y no es que sea imposible conocerse... es muy sencillo –con una condición que conviviésemos en tiempo bastante largo”. Y añade: “Cuando un argentino oye a uno de estos hostiles enumerar contra mí las mayores

8 Ortega y Gasset, J. “Meditación del Pueblo Joven”, *Obras Completas*, Tomo IX, p. 262.

9 *Ibidem*, p. 267.

tremebundeces, no sospecha hasta qué punto las malentiende porque ignora todo lo que al expresarse así da ese enemigo mío por supuesto, lo que silencia acerca de mi persona, *pero está actuando* en él junto a su enemistad, junto a su aparente odio y tremebundez. Porque yo he convivido con la vida de ese hostil como él ha convivido con la mía: Nuestras existencias íntegras, están inscriptas mutuamente en nosotros – nos sabemos bastante bien y sabemos por qué decimos lo que decimos y sabemos que no decimos mucho que callamos...De ahí que me haga tanta gracia y me traiga tan sin cuidado toda esa hostilidad. Conozco su secreto que el argentino ignora”.¹⁰

Esta teoría de lo personal que comienza con “la impenetrabilidad de las naciones”, y acaba con una confesión íntima de lo consabido con sus pares los exiliados, anticipando hostilidades de estos últimos, da como resultado que el extraño es el argentino, e incluye en esta categoría a residentes españoles con más de veinte años en el país, “porque esos, claro está, no tienen tampoco la menor idea viva y exacta de lo que ha pasado en España en el último cuarto de siglo”. Amargamente se queja de que el de fuera, que podría ser el lector de *Sur* o de la revista *Nosotros*, o el de *La Nación* o del diario *La Prensa* o aquellos que lo han escuchado desde la cátedra universitaria, no entienden “el aparato registrador de nuestro ser”. Esto mismo incluye a esos españoles residentes que le son hostiles, “fingen ante ustedes saber cuál es mi situación política, pero en verdad es que no lo saben, y que yo sé que no lo saben, y así hasta el infinito”.

A pesar de este exabrupto de sinceridad ante un público joven de la Universidad de La Plata que casi no lo conoce, Ortega en su última estancia en el país, entre rupturas y desencuentros personales, con amistades erosionadas por la guerra, continuó con su docencia filosófica desnudando sus ideas ante un público atento como fue el de Amigos del Arte de donde provienen muchos de los discípulos más cercanos a su pensamiento.

En el contexto histórico argentino, hablar de “discípulos” entre los exiliados del 39 o de la democratización del libro español por exiliados republicanos en la cosmopolita Buenos Aires, es una tarea imposible de dilucidar. En primer lugar, la cultura literaria argentina estaba bien desarrollada con escritores y editores que buscaban su propia identidad literaria, independiente de la tradición y creatividad española. En cuanto a la situación de los “discípulos” españoles, solamente tres personas cercanas a Ortega siguen de cerca su pensamiento en Argentina: Manuel García Morente, Lorenzo Luzuriaga y María de Maeztu. Esta última es la más interesante porque María tiene su propio público femenino, mujeres de élite para las cuales ella da cursos a nivel privado. Atrapada entre la razón histórica de Ortega, a quien admira, y el ideario católico de su hermano Ramiro de Maeztu, María no concibe el silencio de Ortega respecto de la guerra como si ésta no existiera; pero le irrita aún más su empedernido laicismo. Para María, la razón histórica del maestro adolece de la dimensión cristiana, en la cual la historia no solo de España sino de Occidente sería más humana y unificadora¹¹.

10 *Ibidem*, p. 267.

11 Maeztu, M. de (1941), *Historia de la cultura europea, la Edad Moderna. Grandeza y servidumbre*, Buenos Aires: Juventud Argentina. El libro de María en la portada explica que es “un intento de ligar la historia pretérita a las circunstancias del mundo presente para hallar una explicación a los conflictos de la hora actual”. La obra está dedicada a las mujeres de la República Argentina y Santiago de Chile que asistieron al curso de sus conferencias.

En la docencia de María en su exilio argentino se desarrolla otra clave diferencial de la razón histórica orteguiana de *En torno a Galileo*, *El Tema de nuestro Tiempo*, *La Rebelión de las Masas*, *Ideas y Creencias* y *El Hombre y la Gente*. En la opinión de María, no era la cultura social un fenómeno de mera mutabilidad laicista.

Luzuriaga publicó manuales y textos de pedagogía para argentinos, donde se discute la educación y el papel del Estado en tiempos de peronismo autoritario; su pedagogía defiende la libertad cultural y educativa al modo de Ortega, con ciertos matices liberales en los que disiente de su maestro, pero sin negar sus complejas enseñanzas sobre la autenticidad, es decir, el “llega a ser lo que eres”, condiciones irrefutables para la plena realización del alto destino argentino. Indudablemente, Luzuriaga fue quien mantuvo vivo el pensamiento orteguiano en su cátedra del interior en Tucumán, o en sus Cuadernos de trabajo porteños. Como gesto de amistad, el propio Ortega, al partir, dejó en sus manos la difusión de *Revista de Occidente*.

Los demás exiliados que permanecieron en Argentina, por ejemplo, Francesc Cambó se dedicó a los negocios, entre ellos la editorial Sudamericana de su correligionario catalán López Llausás y Rafael Vehils¹². Sánchez Albonoz, con la ayuda de la Fundación Rockefeller creó un instituto de estudios medievales, y dejó discípulos en Argentina, todavía en actividad. Jiménez de Asúa, desde su cátedra universitaria también imprimió su sello profesional, y dejó un legado de seguidores en el mundo legislativo y del Derecho Penal argentino. Otro exiliado que dejó discípulos fue el histólogo Pío del Río Hortega. Estos tres exiliados ya habían pasado por la Cultural, dejando abierto desde los años 20 el camino para la formación de futuras generaciones de intelectuales argentinos. En cambio, dos personalidades relevantes de la República española, Clara Campoamor y Niceto Alcalá Zamora, decididamente se apartaron de la docencia y de la política: Campoamor, sin dejar rastros de su labor femenina republicana dedicada a traducciones y actuando “de tapadillo” en un estudio jurídico; Don Niceto entregándose a estudios históricos de escaso contenido político. El primer presidente de la República vivió en Argentina con bajo perfil luego de su descargo en 1942 en el diario *La Nación* sobre su destitución del gobierno republicano¹³ donde alegaba ante sus correligionarios republicanos y franquistas “que la nacionalidad no se arranca, la nacionalidad está en el alma”.

Con respecto a Ortega, él fue sin duda uno de los autores más leídos por sus admiradores argentinos, que provienen mayoritariamente del lector común, del que lo ha seguido desde el diario *La Nación*, la *Revista de Occidente* y *El Espectador*. Otros, en cambio, surgen del ambiente de Amigos del Arte como, por ejemplo, Máximo Etchecopar¹⁴, Jaime Perriau, ambos involucrados en ocuparse de los negocios de Ortega con Espasa Calpe, pero también discípulos que siguieron de cerca el desarrollo de las ideas de Ortega en Argentina, Europa y

12 Vinculado a esta editorial en la persona de Rafael Vehils, la ICE (Institución Cultural Española) publicó en los años 40 y 50 los cinco tomos de los Anales de la Institución, significativo registro histórico de las actividades científicas y culturales entre 1912 y 1930.

13 Palabras de su discurso que se realizó en el Teatro Politeama, publicadas en el diario *La Nación* del 2, 16 y 23 de junio de 1942, con el título de “La hora de América en el dramático discurso de Alcalá Zamora”.

14 Etchecopar, M. (1983), *Ortega en la Argentina*, Buenos Aires: Institución Ortega y Gasset. Etchecopar, M. (1946), *Con mi generación*, Buenos Aires: Editorial Nuestro Tiempo.

Estados Unidos.¹⁵ En Salta, Roberto García Pinto¹⁶, junto a uno de los hijos de Bebe Sansinena de Elizalde, también fueron fieles comentaristas de la obra de Ortega. Publicaron libros sobre interpretaciones históricas derivadas de conferencias o conversaciones con el propio Ortega en sus incursiones sobre la razón histórica en la Argentina.¹⁷ Ellos quisieron retomar el negocio editorial con el filósofo para revertir el fracaso de Ortega con Espasa Calpe de Argentina por órdenes del gobierno y directorio de Madrid, que le abortó su colección Conocimiento del Hombre y la alta docencia a que aspiraba Ortega entre su público. Por último, no podemos dejar de mencionar al sacerdote jesuita Ismael Quiles, eximio orientalista¹⁸, quien habiendo escuchado a Ortega disertar sobre “Ensimismamiento y Alteración” en su apertura en Amigos del Arte, dedicó un estudio profundo a su pensamiento filosófico, mientras sus correligionarios franquistas lo destituían de la docencia en España.

Los vaticinios del “fracaso” intelectual de Ortega entre argentinos (que, entre otros, con la ayuda de Guillermo de Torre, divulgó José Gaos desde Méjico sin haber pisado territorio nacional), no concuerdan con los testimonios periodísticos de la época donde se menciona el interés del público porteño quien atentamente siguió su docencia sociológica, desde Amigos del Arte aplicándola a la búsqueda de la “argentinidad”. Esta docencia orteguiana presentaba desafíos insoslayables a una sociedad apoltronada en su mito de eterna prosperidad que no quiso o no supo evaluar a fondo sus decires y advertencias sobre todo en el resurgir de masas que conducirán al peronismo populista. Sus conferencias en Amigos del Arte en 1928 sobre *La rebelión de las masas*¹⁹ fueron, en este sentido, un gran impulso reflexivo para movilizar la conciencia liberal porteña. Fragmentos de esta obra aparecieron en *La Nación*²⁰ y hubo una edición argentina de 1929. El asunto fue de tal importancia que Ortega, en su última docencia, encaró la crisis del liberalismo argentino en su artículo de *La Nación* “Del Imperio Romano”²¹.

Además de *El hombre y la gente* en Amigos del Arte, sus conferencias sobre la Razón histórica en la Universidad de Buenos Aires, y su *Meditación del pueblo joven* en la Universidad de La Plata donde disertó sobre el fenómeno del colonialismo (asunto que ya había aplicado al colono de Estados Unidos)²², Ortega retomó sus reflexiones sobre la identidad argentina. Las completó en su discurso de la Cultural donde insistió en el polémico tema de

15 Perriau, J. (1970), *Las generaciones argentinas*, Buenos Aires: Editorial Universidad de Buenos Aires.

16 García Pinto, R. (1989), *Al paso de las ideas*, Salta: Fundación de Canal 11.

17 Elizalde, L. (1977), *Estudios de Historia Argentina*, Buenos Aires: Editorial DEA.

18 Quiles, I (SJ) (1991), *Estudios sobre Ortega y Gasset, Obras Completas*, Vol. II, Buenos Aires: Editorial Depalma.

19 Institución Cultural Española (1953), *Anales*, T. III, 1926-1930, Segunda parte, Buenos Aires. En el capítulo XXXII, titulado Segunda visita a la Argentina de don José Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas* aparece bajo los títulos de “La edad de nuestro tiempo”, “El sexo de nuestro tiempo”, “El nivel de nuestro tiempo”, “El peligro de nuestro tiempo”, pp. 192-207.

20 *La Nación*, “La rebelión de las masas I”, 1º de diciembre de 1929; y “La rebelión de las masas II”, 8 de diciembre de 1929.

21 Ortega y Gasset, J., “Del Imperio Romano”, *La Nación*, 30 de junio, 28 de julio, 11 de agosto y 25 de agosto de 1940.

22 Ortega y Gasset, J., “Los nuevos Estados Unidos”, *La Nación*, 22 de marzo de 1931; “Sobre los Estados Unidos”, *La Nación*, 6 y 8 de agosto y 16 de septiembre de 1932.

la herencia española sintetizada en su célebre frase de “La España que la Argentina fue”, gigantesca trayectoria de un pasado común que Ortega deja para futuros investigadores.

Ortega era plenamente consciente de que en el espinoso asunto de “la argentinidad” había detractores y defensores del colonialismo hispano. La discusión fue un proceso de larga data entre intelectuales y periodistas. Antes de su llegada a Argentina en 1916, José María Ramos Mejía, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros, Joaquín V. González y Ricardo Rojas, desde distintas perspectivas ideológicas, habían planteado el dilema de la historicidad hispana y la transformación de la sociedad argentina desde las multitudes revolucionarias de origen criollo o del aluvión inmigratorio transformador de la herencia española en el Río de la Plata. Antonio Atienza y Medrano, ex-krausista republicano, había iniciado en 1903, desde la revista de las colectividades españolas *España*, un intenso diálogo con el historiador español Rafael Altamira respecto del dilema identitario argentino y el problema de la decadencia española marcado por el desastre del '98. Ortega se había manifestado al respecto en varios artículos del diario *La Prensa* de Buenos Aires (1911-1913), cuestionando la matriz de América. En otros viajes sucesivos, aludió al problema de la argentinidad con nuevos protagonistas que emergen de su crítica a las idiosincrasias argentinas en sus dos ensayos de 1929 “El hombre a la defensiva” y “La Pampa promesa”. De esta gran polémica suscitada desde *El Espectador* surgen reacciones críticas desde el periodismo y la literatura argentina, cuestionando sus insinuaciones sobre el proceso de formación de la nación argentina. Entre los participantes de esta polémica desde el punto de vista criollo mencionamos a Raúl Scalabrini Ortiz en su libro *El hombre que está solo y espera* (1931), con un análisis incisivo sobre el porteño de la calle Corrientes y Esmeralda. Roberto Giusti, director de la Revista *Nosotros*, en “Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset”, hace hincapié en el factor geográfico-económico, citando la obra de Juan Agustín García “La ciudad indiana” y los ensayos sociológicos de José Ingenieros, puntualizando que los ensayos de Ortega eran sólo “otro ligero intento de definir el alma argentina ya hecho por Sarmiento, Ingenieros o Bunge”.

Completa este panorama crítico *Historia de una pasión argentina* (1937), de Eduardo Mallea, quien se refiere a la Argentina invisible que, a su entender, Ortega escasamente percibió. Le siguió *Radiografía de La Pampa* (1942) de Ezequiel Martínez Estrada, quien cuestiona el mito pampeano del gaucho y de la eterna prosperidad. El crudo análisis de Martínez Estrada profundiza en esos otros mitos del crisol de razas, conquistas e inmigraciones que conforman la turbulenta conciencia nacional. Es, además, crítico del Estado argentino, “aparato insensato” en un país hipotecado por fortunas mal habidas. Sugiere este autor que Ortega fue demasiado benevolente con las élites agroganaderas de La Pampa como promesa.

Las repercusiones de este encendido debate que también se dio en la prensa nacional con la intervención de innumerables protagonistas, llega hasta el *Adán Buenosayres* (1948) de Leopoldo Marechal, quien se mofa allí del estatus del neo-criollo. De estos pincelazos nacionales provocados por los ensayos de Ortega emerge una literatura introspectiva, burlona y ácida que socava la búsqueda de lo hispano en la identidad argentina vista por Borges. No solo la literatura; también la convulsionada historicidad y la sociología de los argentinos se vieron afectadas por este aluvión de críticas. En los años 30, se pone en marcha una dura polémica sobre la historia del derecho colonial y el caciquismo hispano, entre otros temas, en los cuales intervinieron el historiador español Rafael Altamira y el historiador argentino Ricardo Levene.

En su último viaje durante su exilio en Argentina, Ortega intentó sintetizar su propia versión ante la contestaría Hispanidad reclamada en aquellos años de posguerra civil desde la derecha franquista como también desde la izquierda republicana en Argentina. En su última docencia en el país, reflexiona para los 25 años de la Cultural de cara a las autoridades del país sobre estos temas que él considera de gran envergadura histórica. Dice al respecto Ortega: “Es un error -a mi juicio- pensar, como siempre por inercia mental se ha pensado, que estos pueblos nuevos creados en América por España, fueron sin más España, es decir, homogéneos a la Metrópoli y homogéneos entre sí, hasta un buen día en que se libertaron políticamente de la madre Patria e iniciaron destinos divergentes entre sí. Pues bien; mi idea –fundada en el estudio del hecho colonial en toda su amplitud; por tanto, no sólo en la colonización española sino en la de los otros pueblos de Oriente y Occidente, ahora y en otros tiempos- es totalmente inversa. Bajo tal nueva perspectiva lo que yo veo es que la heterogeneidad en el modo de ser hombre se inicia inmediatamente; crece y subsiste en la etapa colonial. El hombre americano, desde luego, deja de ser sin más el hombre español, y es desde los primeros años un modo nuevo del español. Los conquistadores mismos son ya los primeros americanos. La liberación no es sino la manifestación más externa y última de esa inicial disociación y separatismo; tanto que precisamente en la hora posterior a su liberación, comienza ya el proceso a cambiar de dirección. Desde entonces –y cualesquiera sean superficiales apariencias y verbalismos convencionales- la verdad es que una vez constituidos en naciones independientes y marchando según su propia inspiración, todos los nuevos pueblos de origen colonial y la metrópoli misma, caminan, sin proponérselo ni quererlo y aun contra su aparente designio, en dirección convergente; esto es, entre sí y al mismo nivel, se irán pareciendo, cada vez más, irán siendo cada vez más homogéneos. Bien entendido, no que vayan asemejándose a España, sino que todos, incluso España, avanzan hacia formas comunes de vida. No se trata, pues, de nada que se parezca a eventual aproximación política, sino a cosa de harto más importancia: la coincidencia progresiva en un determinado estilo de humanidad”²³.

Admite Ortega que en el transcurso de la historia hubo tiempos de tristeza o dulzura, de esplendor y miseria, en la secesión hacia las repúblicas emancipadas, momentos de hostilidad en que se le da la espalda a la Madre Patria, pero, aun así, lo que no se pierde en el tiempo histórico y cósmico (“somos algo común en todo tiempo”), es la tradición compartida: “ese tesoro de lo consabido, de lo que hemos vivido juntos” que nadie puede quitar.

Luego de esta honda lección de razón histórica que Ortega define como razón narrativa, en el mismo contexto de los festejos de la Cultural, disertó sobre Luis Vives y la fe que se volatiliza²⁴, ejemplo de exiliado, de los miles de españoles que a largo de su historia España expulsó. Con este personaje renacentista, él se mimetiza como exiliado, asumiendo que también los suyos eran tiempos de transición histórica y de crisis del intelectual en la incertidumbre de un futuro no del todo definido. Relacionado con estos “sentires”, Ortega percibe no solo la crisis en las creencias, sino también en la filología, en el lenguaje coti-

23 Ortega y Gasset, J., Discurso en la Institución Cultural, *op. cit.*

24 Ortega y Gasset, J., “Juan Luis Vives y su mundo”, *Obras Completas*, Tomo IX, p. 441. En *La Nación*, “Vives, humanismo y renacimiento”, 24 de noviembre de 1940 y los artículos sobre Vives del 1°, 15 y 29 de diciembre de 1940.

diano, en el sacramento de la comunicación que fallaba porque nadie se entendía hablando. Este fue el eje central de su *Meditación del Pueblo Joven*.

Ortega, un pensador sin cátedra, sin libros de referencia, con problemas editoriales, sus obras mal traducidas y escasamente distribuidas, sin control de sus derechos de autor, y escasos recursos económicos, antepone la preocupación del vocablo y la comunicación a todas estas dificultades. En Argentina, donde se hablaba el castellano, el problema del idioma se había convertido en una verdadera pesadilla. Lo que más le dolía era la tenaz mala inteligencia con que se entendían sus palabras. A su criterio, la gente en Argentina canta por su cuenta, con frivolidad (hablando como canta el jilguero), utilizando fórmulas envejecidas, evasivas; o con la tiranía del lenguaje con que el vulgo se había acostumbrado a contraoponer libertades y tiranías.

Es en este punto en que anuncia: “si yo continúo algún tiempo en la Argentina, y si en la Argentina interesan de verdad las exploraciones insospechadas del puro pensamiento, intacto de política ... yo expondría en Buenos Aires por vez primera, lo que creo haber hallado sobre este asunto, ideas que pudieran ser de gran velamen y constituyen nada menos que los principios de una nueva filología”.²⁵ Este sería tema principal para el libro que tenía proyectado (que nunca se materializó por sus andanzas de exiliado), como comenta el periodista argentino León Dujovne acerca de la falta de concreción sobre la Aurora de la Razón histórica.²⁶

Ortega aclara ante un público sensible a defender como Borges²⁷, el idioma de los argentinos, que no se trata de preservar una lengua estática, ya que el vocablo adquiere distintas significaciones, matices equívocos según quien lo dice o quien lo oye. De lo que se queja es de la intoxicación del idioma hasta el punto de no entenderse hablando: “para decir algo tenemos que renunciar a decir todo lo demás”. Y otra frase suya será “la situación se encarga de decir lo que nuestra habla silencia”. En su opinión, no bastaba con compartir una lengua para entenderse de verdad. Debían de conocerse los que hablaban, porque detrás de juicios y apreciaciones acerca de la integridad de un pensador existe una vida con su capacidad de selección y libertad de conceptos y acción. Ortega reacciona contra las conversaciones que encrespan y destruyen el lenguaje desde las “malas inteligencias”. En esta misma conferencia en La Plata, defenderá su oficio de filósofo como una persona que se compromete a dejar hablar a las cosas.

Antes de partir encaró desde la radio una magistral lección de filosofía antropológica en su *Meditación de la Criolla*²⁸ donde estableció, después de mucho meditar sobre este asunto, cuál era el rol de la mujer en el nuevo mundo sudamericano desde la conquista, pasando por el mestizaje con el nativo en período del virreinato, la colonización, con las inmigraciones más tardías, con gentes conviviendo a tres mil metros de altura, en el medio urbano o rural. La mujer era la gran portadora genética de la transformación de todo un continente. A pesar de que se le acusaba de no ser feminista, desde el diario *La Nación*, Ortega dejó constancia

25 *Meditación del Pueblo Joven*, *ibidem*.

26 Dujovne, L. (1968), *La concepción de la historia en la obra de Ortega y Gasset*, Buenos Aires: Rueda.

27 A propósito de “El idioma de los argentinos”, del cual fue autor Borges, habría que tomar en cuenta la polémica entre la *Gaceta Literaria* de Madrid y la revista *Martín Fierro* del año 1927, en el que se llevó a cabo una gran discusión acerca de la lengua utilizada por los argentinos. El opúsculo de *El idioma de los argentinos* se publicó en *La Gaceta Literaria* el 15 de julio de 1928.

28 Ortega y Gasset, J., *Meditación de la Criolla*, Obras Completas, Tomo IX, pp. 230-250.

de la importancia de la mujer en la historia y su influencia civilizadora en una cultura como era la hispana, machista en su predominio social, cultural y antropológico.

En su última contribución docente en Argentina, si se leen los textos de sus artículos y conferencias, Ortega intenta cerrar esta problemática incesante de una identidad, no solo a nivel nacional sino continental en Sudamérica. Sus textos son de una riqueza estimulante, provocativa, que tomó tiempo y generaciones comprender la profundidad y el alcance de sus conceptos. Sin embargo, sus esfuerzos reflexivos de 1939 de cara al argentino se vieron obstaculizados por España, al no poder solucionar su proyecto con Espasa Calpe, lo que le provocó una gran crisis personal depresiva en 1941. Con escasos recursos para abrir una editorial propia, esperando inútilmente un préstamo del Banco Nacional que le fue denegado, se le pedían dobles garantías para cualquier emprendimiento que en su condición de exiliado no podía afrontar. Incluso ante sus colegas catalanes, la editorial sudamericana de López Llausás le exigía el mismo requisito. Sin poder solucionar su supervivencia económica, Ortega decidió retornar a Europa con gran consternación de exiliados mejicanos, y residentes argentinos que presumían que dejaba el país, la América de la libertad y la democracia para retornar a la Europa fascista, con el aval de Alemania y de Franco. Lejos de esta realidad, y de las hostilidades que se descargaron contra Ortega por su súbita partida, el hecho es que sin dinero disponible, él tuvo que pedir adelantos a Calpe para su viaje en un barco sin lujos camino de Portugal. Frustrado con los argentinos, como le comentó a Máximo Etchecopar en carta del 5 de diciembre de 1943, cortó amarras, incluyendo con Victoria Ocampo y otros seguidores de Amigos del Arte. Esta fue su gran ruptura con la Argentina; la continuidad la darán discípulos y lectores de su obra, quienes después de su muerte recuperarán críticamente el legado de su pensamiento, que no necesariamente se preservó en los círculos universitarios donde sigue ausente por prejuicios políticos, sino en el lector común que lo lee con fruición y todavía goza de su lucidez y claridad, sin olvidar la definición del filósofo en *Meditación del Pueblo Joven* que dejó caer en 1939, como aquel que se compromete a dejar hablar a las cosas para dar paso al verdadero pensar, abriendo los ojos del que escucha, y “hacerle ver lo que yo creo ver con toda evidencia”.

Cuando Ortega falleció en 1955 la consternación entre sus seguidores fue enorme. Quien supo convertirse en el gran discípulo de Ortega en Argentina fue Julián Marías, autor de varios artículos en *La Nación* sobre el maestro y sus relaciones con el país. En el ámbito de las memorias personales, María Elena Ramos Mejía y Julio Noé²⁹ también dejaron testimonios de su afecto hacia el filósofo.

Una vez restaurada la democracia en Argentina con la asunción de Raúl Alfonsín como presidente, la presencia de Ortega y Gasset en Argentina volvió a tomar impulso.

Una frase del profesor Eugenio Pucciarelli en 1983, en un encuentro de intelectuales organizado por el Banco de Boston, es perfectamente actual y de un Ortega que sigue vigente. Al retomar el país la democracia después años de dictadura, recordando el “argentinos a las cosas” del filoso transeúnte que rozó un momento de la historia del país, decía lo siguiente: “Mucho haríamos los argentinos, y para bien de la comunidad entera, si nos impusiéramos como deber la exigencia del rigor en los dos planos gemelos del saber y la

29 Compañero del viaje de Ortega en 1916. Noé, J. (s/f), “Ortega y la Argentina”, Revista de la Universidad de Buenos Aires, 5° Época, Año II, p. 176.

conducta, y sobre esta base, afrontar el porvenir que se nos viene encima incontenible, pero hacerlo con los instrumentos que nos brinda un saber plenamente apoyado sobre la realidad. Ortega ha señalado el camino. Todavía es hora de recoger y asimilar su mensaje”³⁰.

Referencias

- Atienza y Medrano, A. (1903), “La inmigración española. Impresiones de la cuestión. Precedentes”, I, *Revista España*, 9 de julio, 17 y 25 de julio.
- Atienza y Medrano, A. (1904), “El alma española en América,” V, *Revista España*, 9 de octubre.
- Atienza y Medrano, A. (1905), “El alma española en América”, *Revista España*, X, 16 de febrero.
- Bunge, C. O. (1903), *Nuestra América*, Barcelona: Imprenta de Heinrich y Cía. editores.
- Campomar, M. (2009), *Ortega y Gasset en la curva histórica de la Institución Cultural Española*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Campomar, M. (2016), *Ortega y Gasset: Luces y sombras del exilio argentino*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Dujovne, L. (1968), *La concepción de la historia en la obra de Ortega y Gasset*, Buenos Aires: Rueda.
- Elizalde, L. (1977), *Estudios de historia argentina*, Buenos Aires: Editorial DEA.
- Etchecopar, M. (1983), *Ortega en la Argentina*, Buenos Aires: Institución Ortega y Gasset.
- García Pinto, R. (1989), *Al paso de las ideas*, Salta: Fundación de Canal 11.
- Giusti, R., “Los ensayos argentinos de Ortega y Gasset: La Pampa promesas”, *Revista Nosotros*, enero 1930, número 248; “El hombre a la defensiva, *Revista Nosotros*, febrero 1930, número 249. Ambos se reprodujeron en su libro de ensayos *Crítica y polémica* editado en Buenos Aires en 1930.
- González, J. V. (1945), *El juicio del siglo*, Rosario: Editorial Rosario.
- Ingenieros, J. (1913), *El hombre mediocre*, Madrid-Buenos Aires: Editorial Renacimiento.
- Ingenieros, J. (1917), “Dos filosofías políticas”, *Revista de Filosofía Política*, N° 3, Mayo.
- Ingenieros, J. (1918), edición económica de las Obras Completas, revisadas y anotadas por Aníbal Ponce, *Sociología argentina*, Buenos Aires: Editorial J. L. Rosso.
- Ingenieros, J. (1923), “Historia, progreso y porvenir”, *Revista de Filosofía*, Marzo, Año IX, N° 2.
- Institución Cultural Española, *Anales (1953)*, Tomo III Segunda Parte (1926-1930), Buenos Aires: ICE.
- Levene, R. (1920), *Ensayos históricos de la Revolución de Mayo y Mariano Moreno. Contribución al estudio de los aspectos políticos, jurídicos y económicos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires.
- Mallea, E. (1981), *Historia de una pasión argentina*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Marechal, L. (1970), *Adán Buenosayres*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Martínez Estrada, E. (1942), *Radiografía de la pampa*, Buenos Aires: Editorial Losada.

30 Pucciarelli, E. (1983), “Ortega y el conocimiento absoluto” en *Ortega y Gasset y el destino de América Latina*, Buenos Aires: Fundación Banco de Boston, p. 17.

- Ortega y Gasset, J., *Obras Completas*, Madrid: Taurus.
- Ortiz Echagüe, F. (2018), *Crónicas de la República y la guerra civil*, Luis Sala González (recopilador), Madrid: Espuela de Plata.
- Pucciarelli, E. (1983), "Ortega y Gasset y el conocimiento absoluto", Ortega y Gasset y el destino de América Latina, Buenos Aires: Fundación Banco de Boston.
- Quiles, I. (SJ) (1991), *Estudios sobre Ortega y Gasset, Obras Completas, Vol. II*, Buenos Aires: Depalma.
- Ramos Mejía, J. M. (1952), *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires: Editorial Kraft.
- Rojas, R. (1916), *La Argentinidad*, Editorial Librería La Facultad de Buenos Aires.
- Rojas, R. (1941), *Blasón de Plata*, Buenos Aires: Editorial Losada.
- Rojas, R. (1951), *Eurindia, Ensayos de estética sobre las culturas americanas*, Buenos Aires: Editorial Losada.
- Scalabrini Ortiz, R. (1983), *El hombre que está solo y espera*, Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.

